

“La Fuente de la Salvación”

(Is 12, 3)



Guía para Contemplar

el Nacimiento

“La Fuente de la Salvación”

(Is 12, 3)

El agua es la **f fuente de la vida**. Limpia, purifica, refresca...; pero, sobre todo, posibilita que brote la vida al fecundar la tierra y al surgir en ella los seres vivos. La necesitan para vivir y el agua calma su sed. En la Biblia, **el agua** se asocia con **la presencia del Espíritu de Dios**, dador de vida; y simboliza bendición, salvación, vida eterna. Y sólo Él sacia la sed de vida plena que tiene nuestro corazón.

Cada Navidad, por medio del nacimiento de Jesús, el Amor de Dios —su Palabra hecha vida humana— “desciende del Cielo (como el agua de la lluvia) y sólo vuelve allí después de haber empapado la tierra, de haberla fecundado, hecho germinar, para que dé simiente al que siembra y pan al que come”.

(Is 55, 10) **El Niño es esa lluvia fina**. Por eso, el agua está tan presente en el belén parroquial.



A sí pues, párate y contempla con calma nuestro nacimiento. Al recorrerlo, **déjate alumbrar por tu sed de Vida plena**, pues ¡qué bien sabes tú “la fonte que mana y corre, aunque es de noche!”, como versificó san Juan de la Cruz. Camina hacia Belén con María y José por la tierra sedienta de Judea, para recibir a Jesús. Y **acércate a sacar del pozo el agua viva**, con la fuerza de la esperanza que tienen los pastores, que confían encontrar al Mesías.

Y en la “noche sosegada” de Belén, reposa tus andares y asómate a la cueva del pesebre para adorar al Niño, donde brota **el manantial del Misterio**. Y movido por tu ansia de ser saciado, dile: “Señor, dame de beber; así ya no tendré más sed” (Jn 4, 15) Seguro que esta Navidad “sacarás agua con gozo de la Fuente de la Salvación” (Is 12, 3)



✠ ¡felices Pascuas! ✠

Conducidos hacia aguas tranquilas

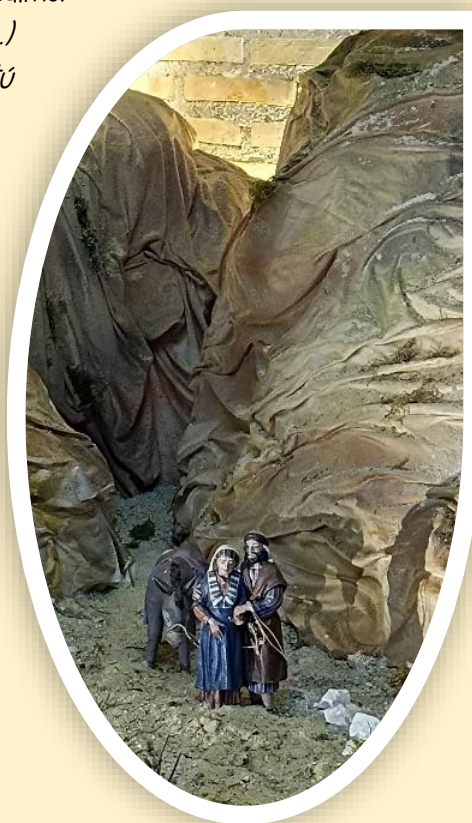
La primera Navidad, María y José también vivieron su tiempo de Adviento. Un largo adviento que, para el pueblo de Israel, había comenzado siglos atrás con la contumaz palabra de los profetas anunciando reiteradamente la esperanza del advenimiento del Mesías prometido por Dios. Un adviento que, ahora bajo dominación romana, bullía de expectación entre las gentes por la inminente llegada del ungido de Dios. Así lo deseaban todos, aunque no había un pensamiento unánime sobre cómo se manifestaría esta actuación divina.

María y José no eran ajenos a esta esperanza colectiva, que agitaba en su tiempo al pueblo de la Alianza. Una esperanza alimentada por su fe, más si cabe, desde que el ángel le anunciara a María su embarazo y su esposo José acogiera lo dispuesto por Dios aceptando al hijo de María. Pero, desde aquellas jornadas extraordinarias, la esperanza se había transformado en la lenta espera habitual en cualquier gestación de una nueva vida. Sólo la exigencia de la poderosa Roma, que les obligaba a acudir a la ciudad de Belén para empadronarse, había añadido incomodidad a la que experimenta una futura madre las últimas semanas antes del parto. **La salvación de Dios para saciar el corazón humano asumía con todas sus consecuencias hacerse hombre.**

En nuestro belén, este adviento está representado en el caminar de María y José hacia la árida tierra de Judea, sedienta de salvación. Un recorrido cargado de espera. Por el camino, como consuelo ante la dureza del viaje, ambos habrían recordado más de una vez las palabras del salmo:

"Me conduce junto a aguas tranquilas y repone mis fuerzas. (...) Aunque pase por un valle tenebroso, ningún mal temeré porque tú estás conmigo". (Sal 23. 1-4) Así sentían la misericordia de Dios, tan cercana en el vientre de María. Dentro de él, Jesús recorría por primera vez este trayecto, preconizando el que le llevaría más adelante a entregar su vida en Jerusalén para hacer de la Cruz la fuente de la salvación de la que brota la vida eterna del Resucitado.

Alumbrado por tu sed de Vida Plena, camina hacia Belén con María y José, para recibir a Jesús. **La vida es un constante adviento en el que Dios se nos ofrece,** en una permanente Navidad, como agua tranquila para saciarnos. Todas las personas llevamos en el corazón una esperanza de salvación que no está a nuestro alcance sólo por nuestros propios medios. No es un deseo frustrante, sino una esperanza que nos exige la humildad de saber recibirla y, por tanto, de saber esperar confiados en que se cumpla.



¡Qué difícil se nos hace esperar en nuestro mundo instantáneo, donde todo es inmediato, a golpe de "clic"! Vivimos tan rápido que nos resulta muy arduo, casi imposible, captar los momentos de vida que alimentan esta esperanza, donde está presente Dios. ¡Cuánto nos disgusta perder el tiempo! Sin embargo, **casi todo lo que merece la pena viene precedido de una espera**. Sin espera no hay esperanza; y sin tiempo que perder con las personas y en las cosas verdaderamente valiosas —eso nos está enseñando la pandemia,

cuyo final ya nos impacienta—, no hay tiempo que podamos ganar para alcanzar la vida plena.



Esta espera tiene sentido porque, como María y José en el camino de Belén, conlleva esperar a Alguien que viene realmente, que se deja encontrar para regalarnos el agua viva de su Amor incondicional. Así, **la espera se convierte en un ir al encuentro de Jesús**, en un anhelo gozoso que nos

llena la vida de alegría. Una alegría que es don divino y no conquista nuestra. Una alegría que no se basa en nuestra disposición y voluntad de ser optimista, sino en acoger a Jesús, que es vida plena y garantía de nuestra esperanza. Una alegría hecha gozo que no es ausencia de preocupaciones sino abandonarse en Dios, que se acerca a nuestra vida en Jesús y guarda nuestro corazón y nuestros pensamientos colmándonos de su paz, al contemplar la vida como la mira Él.

Con la fe de María y José, a nosotros sólo se nos pide que colaboremos con el Señor en la preparación del camino para recibirle: *"Porque Dios ha mandado que todo monte elevado y toda colina secular se abaje"*. (Bar 5. 7) Él será quien rebajará los montes de nuestra impaciencia, de la incredulidad de nuestro corazón, de nuestra torpe falta de amor. Acompañado por María y José, pídele que te haga consciente de su misericordia para **alimentar en tu corazón la esperanza de encontrarle esta Navidad** al dejarte conducir a su fuente de aguas tranquilas.



La Tierra sedienta de Judea

Judea era la región situada al sur de Palestina en tiempos del nacimiento de Jesús. Para la fe judía era la más importante de la Tierra Prometida porque allí se encontraba la ciudad de Jerusalén, verdadera capital religiosa. En ella, sobre un monte, se levantaba el Templo de Yahvé, presencia de Dios en medio de su pueblo. Y en sus cercanías, también en la montaña, se asentaba Belén, la ciudad natal del rey David, y una pequeña aldea de pastores en el siglo I d.C. Hasta ella, desde Nazaret, dejaba al norte Galilea, acudía José con María para empadronarse, en un viaje de más de cien kilómetros por caminos inseguros y polvorientos.

Pero Judea era también una región árida, en la que el desierto pedregoso abraza toda su extensión, ascendiendo desde el hundido cauce del río Jordán, que surca Palestina de norte a sur. En la tierra de Jesús no es fácil, pues, acceder al agua, fuente y necesidad para la vida.

Parece una paradoja que el agua de la fuente de la salvación que trae el Mesías brote en una pequeña aldea de la yerma Judea. Pero es todo un símbolo que nos acerca a la Navidad.

En nuestro nacimiento, que representa esta tierra sedienta de salvación, predominan una matizada luz pajiza y los colores del seco. Quizá así ocurre también en estos tiempos difíciles que atravesamos ahora:

se han agostado por la incertidumbre del fin de la pandemia, y las —cuando no temores— por conservar o recuperar la salud y el trabajo nos secan la esperanza en un futuro mejor. Escuchando a la gente se percibe cansancio y desánimo. Y los intentos de saciarse con lo superficial



las ilusiones preocupaciones

e inmediato. sólo trae a nuestra sociedad hombres y mujeres indiferentes que viven sin saciar un corazón sediento.

Hoy en día **tenemos sed de amor verdadero e incondicional**. de vivir en verdadera compañía. de beber a raudales la misericordia de Alguien que nos colme de verdad. ¡Cuánto se parece nuestro mundo al pueblo de Israel descrito en la Sagrada Escritura!: *“Los desvalidos buscan agua y no la encuentran. su lengua está reseca por la sed. Pero yo, el Señor, los atenderé. Yo, el Dios de Israel no los abandonaré”* (Is 41. 17).

Este era el anhelo de las gentes sencillas que aguardaban la llegada del Mesías. con la confianza puesta en Yahvé. Los oráculos de los profetas lo anunciaban en nombre del Señor: *“Brotarán aguas en el desierto y arroyos en la estepa: el páramo se convertirá en un estanque. la tierra sedienta en manantial”* (Is 35. 8-9). Los pastores que pasaban la noche al raso con sus rebaños. cerca de la cueva de Belén. también

mantenían viva esta esperanza.

Por eso fueron al encuentro del Mesías tras anunciarles los ángeles la Buena Noticia de su nacimiento. Fue la *“Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres que gozan de su amor”* (Lc 2. 14).

Ahora. párate un momento y deja que tu corazón pasee con los pastores por el belén.

Con su ganado merodean el pozo. siempre de la fuente donde mana el agua viva. En la Biblia.

en busca

los pozos son siempre

lugar de encuentro entre las personas.

Con la fuerza de su esperanza. los pastores son expertos en *“sacar agua con gozo de la Fuente de la Salvación”* (Is 12. 3). ¿Su secreto? Su vocación de cuidar. de sol a sol. para que no sea estéril la vida. incluso donde los prados escasean.

Si quieres tener el corazón saciado. sé un buen pastor como ellos y actúa practicando las palabras del profeta Isaías: *“Fortaleced las manos débiles. afianzad las rodillas vacilantes. decid a los cobardes: «¡Ánimo. no temáis!»; mirad a vuestro Dios: viene en persona a salvaros”* (Is 35. 3-4). Seguro que cerca de ti tienes a muchos prójimos que tienen sed de este cariño que Dios quiere darles a través del tuyo.



El manantial de la Vida

El agua viva no estaba al alcance fácilmente en la tierra de Judea, donde nació Jesús. Durante su historia, las tribus de Israel que la poblaron tuvieron que horadar la superficie, cavando hondos pozos para acceder a ella, como el que puedes contemplar en nuestro belén. Se guiaban por su deseo de beberla y de dar de beber a sus rebaños y a sus tierras. Y **aprendieron a encontrarla y a recibirla como una bendición de Dios.**

Así lo hizo Jacob con su familia y sus ganados, cerca de Sicar, en el pozo de Siquem, más al norte, en Samaría. Allí donde se paró Jesús, camino de Jerusalén, para pedirle agua a la mujer samaritana. En un pozo similar al que encontrarás en nuestro belén, donde muchos acuden a beber.

De manera similar, esto fue lo que ocurrió aquella primera Navidad con la llegada del Mesías. Su nacimiento no fue espectacular, accesible claramente a la vista de todos. Para muchos pasó desapercibido. Porque, aunque lo esperaban con sed, no lo buscaron. Pusieron su esperanza en expectativas superficiales que no podían saciar su corazón: una liberación política de

los romanos, la gloria de un sumo sacerdote

poderoso, e incluso la aparición extraordinaria

de algún ser celestial. Nada de esto sucedió.

¿Quién iba a reconocer al Salvador en un

niño envuelto en pañales acostado sobre un

pesebre en una cueva de animales?

Aunque esa era la señal que los ángeles

ofrecieron a los pastores, **era necesario**

tener una fe sencilla como la suya para

abrirse a la gracia de Dios, cavar con la mirada

en lo profundo y poder acoger el don de Dios que sacia

siempre la sed de plenitud.



para

Si contemplas el nacimiento parroquial, descubrirás que **la fuente del agua está subterránea**; no es apreciable a simple vista. Hay que abajarse e ir más allá de la seca superficie para encontrar el manantial. Así ocurre con la salvación que Dios te ofrece, pues es en desierto donde se recibe su Palabra, como aconteció en la vida de Juan Bautista, para anunciar como precursor a Jesús, el mesías.

Vivimos una época de ruido y agitación que dificulta trascender lo evidente para entrar en el significado profundo de la vida. Hemos convertido la Navidad en un desierto que oculta el agua del sentido original de la fiesta. Por ello, resulta imprescindible la exigencia del recogimiento y la contemplación, de vivir en y por lo sagrado, que revela la venida de Jesús en tantos gestos cotidianos —y no sólo litúrgicos— propios de estos días, que pueden pasar desapercibidos, enterrados por tanto envoltorio superficial. Estos gestos son los pozos que te conducirán al agua viva de la salvación. Tendrás que encontrar en cuales nace para ti el Salvador. Esfuérzate en perforar tus vivencias para recibir y dejarte hacer por la Palabra de Quien abraza la

vida humana y te abraza en ella mediante el nacimiento de Jesús. para ofrecerte el agua de su amor incondicional.

Esta Navidad susúrrale al Señor las palabras del salmo: *"Como busca la cierva corrientes de agua, así te busca mi alma, Dios mío. Tengo sed de Dios, del Dios vivo"* (Sal 41. 2-3) Que esta sed guíe tus pasos hasta este manantial de Vida. *"la fonte que mana y corre, aunque es de noche"*, como escribió san Juan de la Cruz. Si entras en lo escondido de tu corazón. *¡qué bien sabe él dónde está esa Fuente!*



Si, como el pastor arrodillado de nuestro nacimiento, te inclinas y observas la Cueva de Belén, descubrirás que **el Misterio (Jesús, María y José) es el manantial de la Vida**. Allí la luz es blanca, clara, transparente como el agua. Una luz que respeta los colores de las cosas y las hace brillar más llenas de vida, como lo hace la gracia del Amor de Dios con cada ser humano, para sacar, sin manipularlos, todo el brillo divino que lleva nuestra humanidad como hijos de Dios.

En la Biblia, el agua se asocia con la presencia del Espíritu de Dios, dador de vida; y simboliza bendición, salvación, vida eterna. **El Espíritu es el que engendra en el vientre de María el agua de la salvación**. Ella *"dará a luz un hijo, al que pondrá por nombre Jesús"* (Lc 1. 31). Y sólo Él sacia la sed de vida plena que tiene nuestro corazón.

María es la mujer totalmente abierta al Amor de Dios, que rezuma en su vida esa presencia amorosa, como el pozo que contiene el agua de la Salvación. De ella brota —eso significa nacer— ese agua viva que es Jesús. Y a su lado **José, a quien Dios confía este manantial**, coge al Niño en sus brazos y nos lo ofrece como el aguador que posibilita que otros beban para calmar su sed.

En la noche sosegada de Belén, acércate a este Manantial de la Vida. Y movido por tu ansia de ser saciado, adora al Niño y dile, como la mujer samaritana en el pozo de Siquem: *"Señor, dame de beber; así ya no tendré más sed"* (Jn 4. 15) Seguro que esta Navidad *"sacarás agua con gozo de la Fuente de la Salvación"* (Is 12. 3).

Y ese agua *"se convertirá en tu interior en un manantial del que surge la vida eterna"* (Jn 4. 14). Ojalá que muchos puedan acudir a ese agua de Dios en tu vida para saciar su sed, como al río que en nuestro nacimiento aflora de la Cueva de Belén.

🌸 ¡Felices Pascuas! 🌸